

ENCALAVERNARSE

ENCALAVERNARSE

ENCALAVERNARSE

Carlos Arrizabalaga
Universidad de Piura

Resumen:

El autor explora la etimología del verbo “encalavernarse” y su evolución semántica desde el verbo *encalabrinarse*, además de su uso en distintos autores. Es un vocablo compartido con el habla popular cubana que muestra el carácter también peculiar del espacio norperuano, reconocido por la conservación de numerosos arcaísmos.

Résumé:

L'auteur explore l'étymologie du verbe «encalavernarse» et son évolution sémantique à partir du verbe *encalabrinarse*, en plus de son utilisation dans les différents auteurs. C'est un mot commun avec le discours populaire cubain qui montre aussi la nature particulière de l'espace nord-péruvien reconnu par la conservation de nombreuses archaïsmes.

Abstract:

The author explores the etymology of the word “encalavernarse” and its semantic evolution from the verb head reel, in addition to its use in different authors. It is a word shared with Cuban popular speech

also shows the peculiar nature of space Norperuano recognized by the conservation of numerous archaisms.

Palabras clave:

Encalavernarse; arcaísmos; americanismos léxicos; etimología; español norperuano.

Mots clés:

Encalavernarse; archaïsmes; américanismes lexicaux; étymologie; espagnol nord-Péruvien

Key words:

Encalavernarse; archaisms; Americanisms lexicon; etymology; Spanish Norperuano.

Fecha de recepción: 28/01/2010

Fecha de aceptación: 16/02/2010

Es sobradamente conocido que el norte peruano se caracteriza por poseer abundantes peculiaridades léxicas, algunas notables, en especial supervivencias de lenguas preexistentes y buen número de arcaísmos, “voces y acepciones castellanas –decía Martha Hildebrandt– que no se hablan en Lima”, y que suenan “como extrañas a los oídos de un limeño” (257). Podemos señalar algunas como *majar*, *ramada*, *dejuero*, *velay*, *horcón*, *aguaitar*, *alferecía*... Bastaría traer a colación el caso de la piuranísima interjección *igual*, que es la misma que Ricardo Palma diera como propia de las limeñas en las postrimerías del XIX y la que Ángel Rosenblat escuchara en labios de las mujeres de más edad en Caracas, a mediados del siglo pasado (436).

También son curiosas las creaciones léxicas, como *faltoso* por ‘insolente’, *manudo* por ‘ladrón’, *piqueo*, *algarrobina*, *matacojudos*,¹ *majarisco*,

¹ Es el nombre común de la *Kigelia Africana*, árbol ornamental de mediana altura y frutos duros y pesados. Es una especie introducida desde Norteamérica que se ha aclimatado perfectamente a los parques de la costa.

etc. amén de algún extranjerismo, como el anglicismo *faite* (de *fighter*), que da lugar a *faitoso* ‘enamorado’.² Y cambios semánticos diversos, como *zarandaja* (Coello 2007: 218-219), que se especializa en la designación de una variedad de frijol de pequeño tamaño muy apreciado en Piura.³

Sería acaso también un nombre compuesto el piuranismo *piajeno*, cuya creación es atribuida por el regionalista José Vicente Rázuri —sin ningún fundamento— al mismísimo Ricardo Palma, acusando a “los indígenas” de haberla maltratado al cambiar la *e* por la *a*. Rázuri mismo difundió la idea de que el término se componía de *pie* + *ajeno* y fue quien presentó por primera vez al *piajeno* como figura emblemática de la región, lo que Vargas Llosa plasma en *La casa verde* empleando hasta en diez ocasiones el término para caracterizar la procedencia regional de sus inconquistables. Creemos que el término tendría otro origen y que de ser inicialmente despectivo se tornó en vocablo cariñoso y designación telúrica enfrentada a la “cultura de las máquinas” hasta exaltar en él, como hace Carlos Robles Rázuri ya en los años 80, un “símbolo de Piura” por su trabajo y su amistad (Arrizabalaga 2009).

El léxico piurano, señalaba Martha Hildebrant en su tesis de 1949, manifiesta una antigua relación con el sur del Ecuador, con el que comparte términos como *panela*, como se conoce a la *chancaca*, y una estrecha conexión con México, a través del antiguo comercio con el puerto de Veracruz. De hecho, en Piura no solamente hay *galpones* y *magueyes*, sino también *zapotes*, *tabancos* y *jicaras* en cantidad y un árbol llamado *huachapeli* que se parece al *guachipilín* mejicano, así como hay una variedad de burros a los que se les conoce aún como burros *campeches*, tal vez por provenir de ciudad del Pacífico surmejicano.⁴ En el campo de

² Lo registra Edmundo Arámbulo (107). Lo había registrado también Pedro Benvenuto Murrieta en la replana limeña, citando a José Gálvez (284).

³ Esteban Puig lo registra como *sarandaja* (200). Con zeta lo escribe Manuel Vegas Seminario en *Taita Yoveraqué*: “Y nada de hartarse de camotes, zarandajas o yucas” (78).

⁴ Según el antropólogo Orlando Velázquez es un burro “lerdo con apariencia enfermizo, pero fiel y habituado a las tareas múltiples del campo”, en “Importancia del burrito o piajeno” (30-31). En realidad la clasificación que hace este investigador trujillano precisa algunas correcciones. El gentilicio *campeche* bien pudiera designar otra

Piura, al *guarapo* se le dice, también, *jugo de México* y a las *pencas* del *ágave* o *maguey* se les puede decir, simplemente *méjicos*.

1. Pesquisas lexicográficas

En diversos estudios y repertorios de regionalismos se recoge el piuranismo *encalavernarse*, verbo que se utiliza todavía con las acepciones perderse en el camino, equivocarse de ruta, estar atontado o perdido o, por extensión, estar enamorado. Lo recogen Martha Hildebrant (259) y Carlos Robles Rázuri en 1982,⁵ así como Esteban Puig y Edmundo Arámbulo Palacios, quien lo consigna en la forma pronominal: *encalavernarse* (99), mientras Puig lo registra como *encalavernar* (99), siendo la primera la forma más usual en un verbo que de suyo es poco frecuente y se restringe casi al uso de las personas de mayor edad. También lo registra en Sechura César Arrunátegui (14). No lo registraban los diccionarios nacionales hasta la más reciente edición del monumental repertorio de Juan Álvarez Vita, donde registra las acepciones “perderse en el camino, equivocarse de ruta, estar atolondrado” (205), apoyado en el repertorio del padre Puig.⁶

2. Ejemplos de uso

Aunque ya es poco usual, lo encontramos con cierta frecuencia en la literatura regional. El ejemplo más antiguo es sacado de Francisco Vegas Seminario en un diálogo de un relato breve:

variedad de burro, pero también se entiende en Piura como “caballo o asno de figura cansada, que sufre distensión en los músculos por falta de movimiento y trabajo”. Incluso puede aplicarse figuradamente a las personas, según Edmundo Arámbulo (*Diccionario...*, pág. 40). José Vicente Rázuri lo registra al recordar “a don Abelardo Cardoza haciendo de veterinario, curando burros campeches” (3). Cfr. también Arrizabalaga (2008: 85-99).

⁵ Fue un artículo periodístico publicado en *El Tiempo* de Piura el 2 de agosto de 1982 titulado justamente “Encalavernarse”, y constituye el número 35 dentro de la colección de trabajos que publicó ese diario en los años 82 y 83: “La lengua de los piuranos”.

⁶ No se había recogido antes en su primera edición (1990) ni en el *Vocabulario* de Miguel A. Ugarte Chamorro (1997).

-¿Está usted resuelto a atacar a los contramontoneros del bizco Frías?

-No, hombre, sería una imprudencia; son más numerosos que nosotros. Espero combatirlos más adentro, pues si nos derrotan podremos *encalavernamos* en las sierras. (1946: 54)⁷

Es el mismo significado que muestra el piuranismo, como lo testimonia Robles Rázuri en su artículo lexicográfico:

Francisco está tan *encalavernado* con la Purísima que no tiene cuándo llegar a su casa.⁸

Esta voz “patentito como la usan los criollos piuranos”, se usa asociada al enamoramiento como a la borrachera: “Tomó tanto que acabó encalavernado” es el ejemplo que ilustra el padre Esteban Puig. “Estaba bien mareadito el pobre Chalule, por eso se *encalavernó*” ilustra, por su parte, César Arrunátegui (14). Semejante es el caso del relato “Desiderio” de Franco Ávalo Alvarado:

El hombre se quedaba en las picanterías emborrachándose. Y así, quiero decir, fue como acabó. Mi compadre estaba ya maltoncito cuando eso pasó. El hombre regresaba completamente embriagado, anohecido ya, y en vez de entrar a la choza seguro se *encalavernó* y fue a parar antes al río. Buena la ensartada que se pegó. Lo encontraron varado un kilómetro más abajo, todo hinchado, medio hediondo y con los huiscos que ya se lo querían almorzar. (105)

También adquiere un matiz inmaterial, como ocurre en el relato que escriben Burneo y Guerrero:

Cuando uno llega a viejo, aparte que se te vienen encima todos los dolores del mundo, siempre termina uno *encalavernado* con sus recuerdos. (103)

⁷ En cursiva en el original.

⁸ Ver nota 5.

En un relato de viajes difundido en un blog muy visitado se utiliza el término en cursiva:

Las visiones de color y los aromas que despiden los diferentes estadios de la variada flora de palo blanco, guayacán, porotillo, hualtaco, palo santo, pasayo y demás, unos floreado, otros rebrotando, estos fructificando y aquestos deshojados, lo hacen realmente alucinante. Para quien no se anima a esta aventura, existen otros circuitos menores pero nunca entrar sin guía, no vaya uno a *encalavernarse* al extremo de entender que el agua corre de subida y perderse para siempre. (Mellet, 2008)

De cualquier forma no es un término demasiado usual, sino que se utiliza en contextos bastante restringidos.

3. Etimología

El término —“estampa parlante de nuestro suelo”, como dice Robles Rázuri— parecería provenir de *calavera*, o tal vez de *caverna*. Lo primero no parece tener justificación semántica plausible y lo segundo tropieza con una sílaba musical insalvable. Una mezcla de ambos términos sería ya lingüística-ficción imperdonable. Con todo, Martha Hildebrandt primero y Carlos Robles Rázuri después, defendieron el origen cavernícola del término, aunque “ya no se lo toma en el sentido de estar dentro de la caverna, perdido o no, sino extraviado, perdido por motivos materiales o sentimentales”, decía Robles. Esteban Puig, con sabia prudencia, nunca estuvo muy convencido de esta teoría (99), y al parecer tampoco lo estaba Edmundo Arámbulo Palacios, pues tampoco consigna ninguna etimología para el verbo (99).

No podía proceder de *caverna*, cosa que al menos en la costa de Piura brilla por su ausencia. Podría entenderse a partir de *calaverada* ‘acción propia de hombre de poco juicio’, lo necesario para calaveradas como las que hacía, según cuenta Ricardo Palma, el virrey Amat enamorado de Micaela Villegas, la Perricholi:

Calló de hinojos ante las plantas de la huanuqueña, haciendo por ella durante catorce años más calaveradas que un mozalbete, con no poca murmuración de la almidonada aristocracia limeña. (617)

Por supuesto tiene un origen castellano, formada por un procedimiento de parasíntesis muy frecuente: *cabrito* > *encabritarse*, *pantano* > *empantanarse*, *amor* > *enamorarse*, *candil* > *encandilarse*, etc., que es especialmente activo en el habla popular hispanoamericana, donde se crean *encamotarse* (de *camote*), *encañarse* (en Cuba) y *enchicharse* (en Perú ya lo consigna Ricardo Palma en 1903), a imitación de *emborracharse*, sea de licor de caña o de chicha (igual que el peninsular *empiparse*), *encampanarse* (en México, ‘entusiasmarse’), *encachorrarse* (en Colombia, ‘obstinarse en algo’), *emponcharse* y *empulgarse* (en Argentina, ‘ponerse el poncho’ y ‘llenarse de pulgas’). Todavía más, en Piura se registran *enchapinarse* (‘ponerse los zapatos o chapines’) y el más frecuente *enseñarse* (‘acostumbrarse’). En definitiva, se trata de un procedimiento muy común en el habla popular. Además es semejante a *enfermarse*, *alegrarse*, *consternarse*, y muchos otros verbos de uso pronominal.

3.1. Un étimo errado: *cañaver*

Cabría imaginar que *encalavernarse* proviniera de *cañaver*, aunque la evolución fonética, perfectamente explicable, hiciera oscuro realmente este origen. “Por *cañaver*, aclara Juan de Arona, se entiende exclusivamente el de caña de azúcar; el de carrizo es *carrizal*, el de caña brava, *monte*.”(120) En efecto, un supuesto derivado **encañaver(a)larse*, habría podido sufrir una metátesis de consonantes líquidas (trueque esporádico que se produjo, por ejemplo, en *MIRACULUM* > *milagro*) y convertirse en **encalavernarse* (trocando lateral alveolar y nasal palatal); a su vez esa *ñ* habría podido sufrir una asimilación progresiva para adoptar el punto de articulación del sonido precedente con resultado en *encalavernarse*. La abundancia de cañaverales en el norte peruano hacía plausible este origen del piuranismo. Se registra el derivado *cañavelero* ‘persona que vende cañas’ en Ugarte y ‘jornalero que trabaja en haciendas de caña’ en Álvarez Vita. Un derivado sarcástico de *caña* registra, en un divertido juego de palabras, el autor del

Concolorcorvo al mencionar que en la provincia de Andahuaylas, en pleno siglo XVIII:

parece que los dueños de estas haciendas son personas de poca economía, o que las haciendas, en la realidad, no se costean, porque a los cañaverales llaman *engañaverales* y a los trapiches *trampiches*. (403)

La imaginación popular puede que le haya brindado al piuranismo, junto con la letra chica, matices semánticos calavéricos o cavernosos si cabe, por la similitud fonética con estos términos, pero realmente no puede explicarse con satisfacción el origen de *encalavernarse* por esos derroteros. Tampoco en los cañaverales se encuentra el camino seguro, esto es, el verdadero.

3.2. De *calabrina*

También Ricardo Palma nos pone tras la pista de un origen más plausible para *encalavernarse*, que no es otro que el verbo *encalabrinar*, término derivado del dialectal *calabrina*, ‘hedor de cadáver’, que ha tenido un uso escaso pero constante en nuestro idioma, especialmente en hablas leonesas y gallegas. En “Don Dimas de la Tijereta”, Ricardo Palma registra el arcaísmo con la cuarta de las acepciones:

Por entonces hallábase su señoría encalabrinado con una muchacha potosina; pero ella, que no quería dares ni tomares con el hombre de la ley, lo había muy cortésmente despedido.(123)

El sustantivo, dicen Corominas y Pascual, precede de una contaminación entre *cadáver* y *calavera*, que son términos similares en sentido y forma (II: 758). Manuel Alvar defendió la procedencia de un semiculto *cadaverina*, demostrando además que *calabrina* significaba simplemente “cuerpo muerto”, demostrándolo en diversos textos del mester de clerecía. Menéndez Pidal lo ponía como ejemplo de equivalencia acústica en que tratándose de una palabra poco usual se habría confundido el sonido de la fricativa por la lateral: *cadaverina* > *calabrina* (§67). En fin,

es uno de los tantos términos inusitados que rescata César Vallejo en los primeros versos del fascinante lenguaje de *Trilce*:

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea
grupada. (165)

El verbo *encalabrinar* está en completo desuso pero tenía cinco acepciones: ‘Llenar la cabeza de un vapor o hálito que la turbe’, ‘hacer concebir a alguien falsas esperanzas’, ‘excitar, irritar’, y en forma pronominal, ‘enamorar-se perdidamente’ y, familiarmente, ‘obstinarse’. Con la primitiva acepción (la que recoge el *Tesoro* de Covarrubias) aparece en el capítulo X de la segunda parte del *Quijote*, en que Sancho se las ingenia para encantar a la señora Dulcinea y don Quijote se muestra tenazmente cuerdo:

Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. (622)

Es fácil suponer que *encalabrinarse* ha podido generar, por metátesis de la vibrante, la forma *encalabernarse* (Menéndez Pidal 1989: §72). Este cambio estaría favorecido por la presencia de un elemento vocálico espontáneo e inconsciente, como señaló Tomás Navarro, en la articulación del grupo *br*, si bien la vocal resultante habría abierto en un grado su pronunciación. Lógicamente la ausencia de una norma culta y el carácter eminentemente popular del espacio dialectal en que se produce el fenómeno, junto a la poca frecuencia de uso del verbo, habrían sido condiciones propicias para el cambio, que no es exclusivo del norte del Perú, aunque aquí haya adoptado significaciones peculiares.

También se registra en Cuba. Esteban Pichardo menciona en su listado de “voces corrompidas” *encalabernarse*, por *encalabrinarse* (103). También Alfredo Neves registraba en 1973 *encalabernarse*, con significado de ‘obstinarse’ (145).

En realidad el dialecto cubano actual presenta las dos posibilidades, y así el nuevo *Diccionario del español de Cuba* de G. Haensch y R. Werner (coordinado por G. Cárdenas, A. Tristán Pérez y el propio Werner), trae dos entradas distintas para *encalabernar~se* ‘defender con obstinación un determinado punto de vista’ y el adjetivo *encalabernado* ‘persona que defiende con obstinación un determinado punto de vista’. Y lo mismo registra *encalabrinar~se* y *encalabrinado*, con las acepciones de ‘irritar, poner de malhumor o encolerizar’, así como ‘irritado, de malhumor o encolerizado’ (233). Evidentemente el cambio fonético no ha desplazado al término que le sirve de base, sino que ambos han sufrido una especialización semántica.

No debe ser casual que Cuba y Piura compartan este término y otros como *casimba* (‘depósito de agua hecho en el lecho de un río’), *médano* (‘montón de arena’) o *enjorguetar* (‘colgar a las personas algún objeto o encargar un niño para que los transporten’), amén de un rico léxico vinculado al cultivo del azúcar, pero el asunto necesita mayores averiguaciones.

4. Conclusión

Encalabrinarse y *encalavernarse* comparten, al menos, una acepción: ‘enamorar’ (en Cuba otra: ‘obstinarse’). Fácilmente pudo deslizarse a las significaciones de ‘perderser’ o ‘confundirse’ en el monte o en cualquier otro ámbito. Fonéticamente son casi idénticos, y sería comprensible que la sílaba protónica se hubiera visto afectada de una metátesis o incluso de la analogía con *entreverarse*, lo que haría más que plausible este origen al término, en un espacio dialectal además caracterizado también por la notable presencia de arcaísmos así como por su gran capacidad de extender innovaciones en el habla popular. La grafía con que se registra en Piura probablemente muestre influencia de *caverna* o *calavera*, que son los términos a los que la etimología popular le atribuye su origen inmediato.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Manuel. “En torno a calabrina (S. Or., 104b)”, en *Berceo*, 94-95, 1978: 7-15.
- ÁLVAREZ VITA, Juan. *Diccionario de peruanismos*. Lima, Universidad Alas Peruanas y Academia Peruana de la Lengua, 2009. (Primera edición en Lima, Studium, 1990).
- ARÁMBULO PALACIOS, Edmundo. *Diccionario de piuranismos*. Piura, Municipalidad Provincial de Piura, 1995.
- ARONA, Juan de. *Diccionario de peruanismos*. Edición de Estuardo Núñez. Lima, Peisa, 1974.
- ARRIZABALAGA, Carlos. *El dejo piurano*. Piura, Editorial Pluma Libre, 2008: 85-99
- . “Piajeno, piuranismo de etimología incierta”, en *Actas del III Congreso Internacional de lexicología y lexicografía en Homenaje a Diego de Villegas y Quevedo Saavedra*. Lima, Academia Peruana de la Lengua y Universidad de San Martín de Porres, 2009: 117-133.
- ARRUNÁTEGUI, César. *Diccionario costumbrista sechurano*. Sechura, 1996.
- ÁVALO ALVARADO, Franco. “Desiderio”, en *Fuego y los cuentos ganadores del Premio COPÉ 1996*. Lima, Petroperú, 1997: 101-116.
- BENVENUTTO MURRIETA, Pedro. *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. (2ª ed.) Lima, Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú 1983.
- BURNEO, Sigfrido y Houdini GUERRERO, “La loma de doña Pasita”, en *Gente del país*. Piura, Sietevientos, 2006: 103-106.

- CARRIÓ DE LA VANDERA, Alonso. *Lazarillo de ciegos caminantes o Concolorcorvo*. Edición de Emilio Carilla, Barcelona, Labor, 1973.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Real Academia Española, 2005.
- COELLO, Óscar. “Algunos arabismos y otras zarandajas del español en Piura”, en Marco Martos, Aída Mendoza e Ismael Pinto (eds.), *Actas del Congreso Internacional de Lexicología y Lexicografía “Miguel Ángel Ugarte Chamorro”*, Lima, Academia Peruana de la Lengua, Universidad San Martín de Porres y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007: 215-229.
- COROMINAS, Joan y J. A. PASCUAL. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid, Gredos, 1980.
- HAENSCH, Günther y Reinhold WERNER. *Diccionario del español de Cuba*. Madrid, Gredos, 2000.
- HILDEBRANDT, Martha. “El español en Piura”, en *Letras. Revista de la Universidad de San Marcos*. N° 43, 1949: 256-272.
- MELLET, Yuri. “Por las rutas (ciclistas) del Perú”, en *Viajeros On Line*. Cfr. http://www.viajerosperu.com/articulo.asp?cod_cat=6&cod_art=50. Martes, 2 de enero de 2010, 13:00 horas.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Gramática Histórica Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás. *Manual de pronunciación española*. Madrid, CSIC, 1970.
- NEVES, Alfredo M. *Diccionario de americanismos*. Buenos Aires, Sopena, 1973.

- PALMA, Ricardo. *Tradiciones Peruanas Completas*, Madrid, Aguilar, 1968.
- PICHARDO Y TAPIA, Esteban. *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas*, 3ª edición, Habana, Imprenta La Antilla, 1862.
- PUIG, Esteban. *Diccionario folclórico piurano*. Piura, Universidad de Piura 1995.
- RÁZURI, José Vicente. *Evocaciones norteñas*. Editorial Jurídica, Lima, 1964.
- ROSENBLAT, Ángel. *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, Caracas, Mediterráneo, 1969.
- UGARTE CHAMORRO, Miguel A. *Vocabulario de peruanismos*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007.
- VALLEJO, César. *Poemas completos*. Edición de Ricardo González Vigil, Lima, Petroperú-Ediciones Copé, 1998.
- VEGAS SEMINARIO Manuel. "El primogénito de los Godos", en *Chicha, sol y sangre. Cuentos peruanos*. París, Desclée de Brouwer, 1946: 45-60.
- . *Taita Yoveraqué*. Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, 1956.
- VELÁZQUEZ, Orlando. *Cultura, tradición e idiosincrasia en el poblador piurano*. Trujillo, Universidad Nacional de Trujillo, 1996.

Correspondencia:

Carlos Arrizabalaga

Docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Piura.

Correo electrónico: carlos.arrizabalaga@udep.pe